

Capítulo 18: No interfieras

La velocidad del coche era demencial, y la música de fondo había sido completamente ignorada. Vergil pisó el acelerador con todas sus fuerzas, con la mirada fija en la carretera mientras el motor rugía como una fiera. Llevaban más de dos horas conduciendo, pero el tiempo parecía pasar desapercibido.

Con cada segundo que pasaba, Vergil sentía un extraño latido en el pecho: un miedo profundo e instintivo. Era el miedo a la muerte.

Aunque podía sentir las fuertes emociones de las chicas, solo él estaba conectado con todas ellas. Ellas no podían sentir el miedo abrumador que él experimentaba... Era Roxanne.

El desierto de Sonora se extendía ante ellos, una vasta extensión de arena y rocas, áspera e implacable. El aire era cálido y seco, casi sofocante, y el paisaje a su alrededor era desolado, sin vida, salvo algún que otro cactus o arbusto, endurecido por el sol implacable.

El clima parecía extraño, pero Vergil no tenía tiempo para preocuparse por los cambios climáticos. Podía sentir su presencia: débil, distante, pero inconfundible. Era como si un hilo delgado los conectara, y ese hilo lo llevara en la dirección correcta.

Ada y Katharina permanecieron en silencio, conscientes de la gravedad de la situación. Katharina miraba por la ventana; su rostro, antes despreocupado, ahora se tornaba serio.

Ada, por otro lado, estaba concentrada, con el cuerpo tenso, como si estuviera lista para cualquier cosa.



Ambos podían sentir la tensión en el aire, ninguno dispuesto a distraer a Vergil de lo que necesitaba hacer.

El coche zigzagueaba por las curvas y colinas del desierto, ignorando cualquier concepto de límites de velocidad.

A más de 200 km/h, cada bache o desnivel en la carretera hacía que el coche se sacudiera violentamente, pero Vergil mantenía las manos firmes en el volante.

Estaba completamente en sintonía con la conexión que sentía con Roxanne, ignorando el calor opresivo y el viento que comenzaba a soplar con más fuerza.

Mientras el coche de Vergil avanzaba a toda velocidad hacia su destino, la escena cambió a un lugar distante y aislado, en lo profundo del corazón del desierto de Sonora.

Allí, enterrado bajo toneladas de arena y rocas, había un búnker.

La estructura era robusta, construida para soportar el calor extremo y las tormentas de arena del desierto.

Desde fuera, era casi invisible, solo una pequeña entrada camuflada entre un grupo de rocas que destacaba en el monótono paisaje. Cualquiera que pasara por allí podría confundirla fácilmente con un simple montón de piedras, completamente ajeno a lo que se escondía debajo.

Dentro del búnker, el aire era denso y pesado con una energía oscura.





Las paredes de hormigón eran frías y grises, iluminadas únicamente por luces fluorescentes parpadeantes que daban la impresión de un suministro eléctrico inestable.

La atmósfera apestaba a aceite, sangre y hierro, una mezcla que hacía que cualquiera se sintiera incómodo, como si estuviera en un lugar de oscuridad profana.

El sonido del agua goteando resonó por los pasillos, aunque no se veía ninguna fuente.

En una de las cámaras más profundas del búnker, Roxanne estaba encadenada a una silla de metal oxidada.

Sus manos estaban atadas con pesados grilletes, y el áspero metal se le clavaba en la piel con cada leve movimiento. Peor aún, las runas sagradas controlaban sus poderes, haciendo que el dolor fuera casi insoportable.



Estaba exhausta, con la cabeza colgando hacia adelante y el cabello cayendo desordenadamente alrededor de su rostro.

La sangre goteaba de cortes profundos en sus brazos y piernas, y su cuerpo estaba cubierto de moretones de varios tonos, evidencia de horas de tortura implacable.

Un hombre, de apariencia grotesca, giraba a su alrededor tarareando una melodía siniestra.



Sostenía un cuchillo largo y delgado en una mano, cuyo acero relucía bajo la tenue luz. Su mirada era fría, carente de emoción, mientras observaba a Roxanne con una curiosidad perversa.

"La, la, la... Me encanta matar demonios..." repitió varias veces, con la voz cargada de veneno. "Es realmente sorprendente lo resistente que eres."

"Me gusta tu espíritu. Es una pena tener que romperlo", comentó, antes de girarse para coger una jeringa de una bandeja cercana. El líquido que contenía era amarillento, y al verlo, Roxanne se estremeció de miedo.

Sin decir palabra, le inyectó el líquido en el brazo, observando con morboso interés cómo la sustancia hacía efecto. Roxanne sintió un ardor que se extendía por sus venas, y cada segundo le traía una nueva oleada de dolor. Se mordió el labio hasta que sangró, intentando no gritar, pero la agonía era abrumadora.



Un gemido involuntario escapó de sus labios y el hombre sonrió aún más.

—Así es, querida. Suéltalo todo, dime tu nombre —murmuró—. Ya basta, Jason, no va a hablar —dijo León, mirando a Roxanne, cuyas venas estaban casi expuestas, su cuerpo impregnado de energía divina.

'V-ven rápido... al búnker', pensó, casi suplicando... Sintió a alguien, alguien que venía hacia ella a una velocidad más allá de lo normal, más allá de todo lo que alguna vez había sentido... 'Ayúdame...' susurró para sí misma mientras una lágrima caía de su ojo...

Ella no pudo soportarlo más...



De vuelta en el coche, Vergil sintió un escalofrío. Oyó un susurro... «Búnker», dijo.

La conexión con Roxanne era más fuerte ahora, pero junto con ella vino una sensación de dolor, miedo y desesperación.

Él sabía que ella estaba sufriendo y eso sólo alimentó su determinación.

El desierto de Sonora se volvía cada vez más hostil, con el viento lanzando arena contra el coche y el cielo oscureciéndose. Pero Vergil no disminuyó la velocidad. Al contrario, aumentó la velocidad.

—Estamos cerca, ¿verdad? —preguntó Ada con voz tensa.

—Sí —respondió Vergil brevemente, con la mirada fija en el camino—. Está ahí, y está en peligro. Siento que está sufriendo.



Se estaban acercando al lugar indicado por la conexión, y finalmente, Vergil divisó una formación rocosa que parecía fuera de lugar.

Estaba allí.

Él sabía que estaba allí.

Sin dudar, giró bruscamente el volante, dirigiendo el coche hacia las rocas. El coche se sacudió violentamente sobre la arena, pero Vergil mantuvo el control.



Al llegar a la formación rocosa, Vergil detuvo el coche bruscamente. Sin perder tiempo, salió, seguido de Ada y Katharina.

Los dos estaban preparados para cualquier cosa, con los sentidos alerta ante cualquier amenaza. Pero el lugar estaba tranquilo, casi demasiado tranquilo.

Vergil empezó a buscar algo... una entrada, pasando la mano desesperadamente por las piedras, sintiendo una leve vibración. Encontró la entrada, camuflada por un conjunto de rocas falsas. Con un empujón firme, la entrada quedó al descubierto: una puerta metálica con un sistema de seguridad rudimentario.

"Estén atentos", les murmuró a Ada y Katharina mientras empezaba a trabajar en la cerradura. "Déjenme encargarme de esto", dijo Ada, poniéndose delante de Vergil.



Ada estuvo a su lado en un instante, usando sus habilidades para trabajar en el mecanismo electrónico que mantenía la puerta cerrada.

Con un clic, la cerradura cedió y Vergil empujó la puerta con fuerza.

El chirrido del metal resonó en el desierto cuando la pesada puerta se abrió, revelando un túnel que descendía a las profundidades del búnker.

Se enfrentaron a algo... Un túnel estrecho.

"Está abajo... Lo que sea que hayan hecho..." murmuró Vergil. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad al instante, brillando con una luz roja inquietante.

"Tranquilo", dijo Katharina, sujetándolo del brazo. "Es fuerte". Añadió: "Así que no te preocupes demasiado".

—La gente fuerte no teme a la muerte —replicó Vergil, dando un paso adelante y dejando a las dos mujeres observándolo.

"¿Es esto lo que querías?", preguntó Ada, algo temerosa de lo que pudiera suceder. "Solo síguelo. Cree que puede con los exorcistas", dijo Katharina.

Vergil abrió el camino a través del estrecho túnel, con sus sentidos en máxima alerta.

El aire dentro del búnker era frío y denso, lleno de una sensación inminente de muerte.

Ahora podía sentir la presencia de Roxanne con más fuerza, su presencia casi dolorosamente clara en su mente.

Con cada paso, se acercaba más a ella, y con cada paso, la rabia en su pecho crecía. Sabía que estaba corriendo contra el tiempo.

El túnel se abría a un pasillo más amplio, con varias puertas metálicas alineadas en las paredes. Vergil sintió un alivio al encontrar por fin la puerta correcta. Sin dudarlo, la abrió de una patada; la fuerza del impacto resonó por todo el búnker. La visión que lo esperaba al otro lado le detuvo el corazón por un instante.

Virgilio fue inmediatamente recibido por una visión sacada de una pesadilla.





El olor a sangre y metal era casi insoportable, y la escena frente a él solo alimentaba su furia.

En el centro de la habitación, Roxanne estaba atada a una silla de metal, con las manos atadas con gruesas cadenas que goteaban sangre de sus muñecas heridas. Tenía los ojos entrecerrados, apagados por el dolor y el agotamiento. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y cortes profundos, con sangre fresca mezclándose con la seca, formando manchas oscuras en su piel. Su estado era lamentable, pero, aun así, Vergil podía sentir el débil pulso de la vida en su interior. Estaba consciente, pero apenas.

Junto a ella, dos hombres completaban la escena de terror. Reconoció claramente a uno, y al diablo con el otro... Se concentró específicamente en el maldito Ejecutor que tenía frente a él.

—Oye... Katy —llamó Vergil, con la voz llena de ira—. ¿S-sí? —preguntó ella, temblando de miedo... Una mujer, del clan Agares... ¿Temblando de miedo?



León vio la escena y se quedó en silencio, sintiendo una ola de poder como nunca antes había experimentado en su vida...

"Estoy seguro de que fue muy misericordiosa contigo... al dejarte ir... Pero ¿sabes qué? Vas a morir", dijo Vergil, y sus ojos se volvieron completamente negros.

—Pase lo que pase... No interfieras —comentó Vergil, y antes de que ella pudiera responder, desapareció y reapareció frente a León, agarrándolo por el cuello.

"Tú y yo... vamos a charlar un rato", dijo Vergil, antes de que Leon pudiera procesar la situación. Vergil lo lanzó hacia arriba con tanta fuerza que le



rompió los huesos, estrellándolo contra el techo del búnker con un estruendo ensordecedor.

El impacto fue tan violento que el hormigón cedió, agrietándose y fragmentándose en pedazos mientras Leon era empujado a través de él, creando un agujero que dejó al descubierto el cielo.

Su cuerpo quedó flácido por el impacto, a punto de volver a caer.

¡Oye, recuerda usar tus Boletos Dorados y Piedras de Poder para ayudar a que el trabajo alcance nuevas alturas!

